

CAPÍTULO I

UNA IDENTIDAD A TRANSMITIR Y A RECIBIR

1. Las Misioneras Claretianas, Herederas de una identidad carismática

1.1. *La identidad congregacional y sus símbolos*

Existe en la Sagrada Escritura un típico ejemplo de fidelidad al iniciador de un determinado estilo de vida y de actuación profética; se trata del profeta Eliseo en relación al profeta Elías (2 Re 2, 1-15).

Cuando Elías está a punto de ser arrebatado al cielo en un carro de fuego, pasa delante de él toda su identidad de profeta y la misión profética que ha realizado a lo largo de su vida: otear permanentemente el horizonte para descubrir la presencia del Señor, no sólo en los grandes acontecimientos, en la tormenta y en el viento impetuoso, sino también en los acontecimientos más pequeños y en la brisa más tenue, para ser boca de Yahvé, para enseñar al Pueblo la Ley Santa del Señor, sin desviarse ni a derecha ni a izquierda. Toda su vida se concluye al ser arrebatado en aquel misterioso carro de fuego.

Su discípulo Eliseo llora y grita desesperadamente por el Padre y Maestro, que desaparece ante su mirada atónita; solamente en el último instante ha conseguido hacerse con el manto de Elías.

Ahora bien, el manto no es la identidad del gran Padre y Maestro sino un símbolo de la misma; entonces Eliseo se percata de que empieza para él una nueva situación; hay una ruptura con la situación anterior; ya no tiene consigo al Padre y Maestro que lo guiaba y lo sacaba de todas sus dificultades; pero Eliseo no se queda para siempre en las lamentaciones por la desaparición del gran profeta; él sabe que la mejor ofrenda que le puede tributar será continuar su misma misión de profeta, pero desde su propia originalidad de discípulo. Y esto lo materializa Eliseo en un gesto simbólico: rasga sus propios vestidos y se reviste con el manto de Elías; es decir, renuncia a su propia identidad anterior y se reviste de la identidad de Elías, a fin de continuar su misma misión profética.

No se trata de una mistificación de identidades, la superposición de su identidad con la de Elías; se trata más bien de una identidad nueva que necesita explicarse en un nuevo *carpet de identidad*: se ha despojado de sus vestidos, es decir, de toda su simbología personal anterior, para revestirse del manto de Elías, que se convierte para Eliseo en signo eficaz de su nueva identidad de profeta.

1.1. *Hay que asumir la propia responsabilidad*

Las Misioneras Claretianas tienen que dejar de gritar y lamentarse por la pérdida de sus Fundadores, los cuales mientras vivieron las guiaron y las sacaron de todos los atolladeros, para, como hizo el propio Eliseo que se revistió con el manto de Elías, hacer suyas las actitudes de los Fundadores frente a Dios, frente a los hermanos y frente a las cosas, y así revestidas con el manto simbólico de los Fundadores, convertirse en los profetas que ellos fueron.

Y, del mismo modo que Eliseo demostró su autenticidad de continuador de la misión de Elías, golpeando con el manto las aguas del Jordán que se abrieron delante de él mostrando el campo donde tendría que librar las batallas del Señor a favor de su Pueblo, también las Misioneras Claretianas tendrán que golpear con el manto simbólico de la identidad heredada de sus Fundadores las aguas turbulentas del Jordán del mundo, que se abrirán delante de ellas, para librar en todos los frentes la gran batalla de la enseñanza de la Ley Santa del Señor a toda criatura.

Las Misioneras Claretianas, como el profeta Eliseo que se vio invadido por el pánico frente al Jordán que se levantaba ante él como un muro, y entonces no pudo menos de hacer memoria de su Padre y Maestro, como intermediario ante Dios; y, armado de la fe en el poder del “Dios de Elías”, no sólo pudo atravesar a pie enjuto el Jordán, sino que se lanzó con audacia a continuar la misma misión de Elías; también las Misioneras Claretianas se verán, en más de una ocasión, presas del temor a no estar a la altura de sus Fundadores.

Pero es precisamente en estos casos cuando deberán apelar al “Dios de sus Fundadores” para, en su nombre, cumplir su misión; y si van en el nombre del “Dios de sus Fundadores”, como Eliseo, en quien reconocieron aquellos cincuenta “hijos de profetas” que el espíritu de Elías se había posado verdaderamente sobre él, el fruto de la misión apostólica de las Misioneras Claretianas, en cuanto Congregación y cada una de ellas en particular, está asegurado, porque los hombres y mujeres a quienes son enviadas en misión salvífica sabrán reconocer en ellas a unas auténticas enviadas de Dios que saben abrir nuevos caminos de salvación en medio de los desafíos que plantea cada nueva situación histórica; el fruto está ciertamente asegurado porque el nombre del “Dios de sus Fundadores” está de por medio, aunque no siempre las acompañará el éxito, ya que el sufrimiento e incluso la muerte misma se harán presentes en el desempeño de su misión como en el caso del propio Jesús; pero el sufrimiento y la muerte misma serán la mejor garantía de que son enviadas de Dios.

1.3. *Identidad transmitida de generación en generación*

Las Misioneras Claretianas no serán auténticas herederas de la identidad transmitida por los Fundadores a la Congregación si se limitan a repetir materialmente el estilo de vida que ellos adoptaron para llevar a cabo la misión apostólica como ellos la realizaron en su propio contexto histórico. Nuestros contemporáneos no son los contemporáneos de los Fundadores, ni sus concretas circunstancias son las nuestras; esto significa que las Misioneras Claretianas de todos los tiempos tendrán que situarse

adecuadamente en sus propias circunstancias de tiempo y de lugar para, bien imbuidas de las mismas actitudes de los Fundadores frente a Dios, frente a los hermanos, y frente a las cosas, responder a los *nuevos areópagos* de que habla la Exhortación Apostólica *Vita Consecrata*, desde un estilo de vida conforme al evangelio; y, a través de unas actividades u obras apostólicas distintas de las que adoptaron los Fundadores, cumplir la misma misión salvífica de enseñar la Ley Santa de Dios a toda criatura. Solamente así sus propios contemporáneos podrán ver en las Misioneras Claretianas a las auténticas continuadoras de los Fundadores, porque ésta es la única manera de ser fieles de verdad a la identidad congregacional que ellos transmitieron.

Y lo mismo que los Fundadores transmitieron a la primera generación de Misioneras Claretianas la identidad congregacional, también cada nueva generación de Misioneras Claretianas habrá de transmitirla con la misma claridad a las sucesivas generaciones. Esto significa que la transmisión de la identidad congregacional, como fue el caso de los Fundadores, no se verifica tanto por unas teorías muy bien elaboradas, cuanto a través de una experiencia de vida..

También cada nueva generación de Misioneras Claretianas experimentará la misma sensación por la que pasó el propio Eliseo en relación al profeta Elías, a la hora de recibir su herencia profética; se producirá en ellas una sensación de dejar atrás aquello de lo que estaban seguras, para iniciar una andadura nueva; esto exigen desprenderse de las vestiduras o de las proyecciones socioculturales que hasta entonces habían sido valiosas para realizar la misión profética de enseñar la Ley Santa del Señor a toda criatura, para revestirse de nuevo del mandato de Elías, es decir, de la identidad profunda de los Fundadores, a fin de hacerla vida y sustancia propias en las nuevas circunstancias. Y esto no es algo meramente exterior; sino algo que afecta al propio modo de ser más íntimo; se trata de renovar, una vez más, el propio carnet de identidad. Sin esta experiencia de despojamiento interior, para situarse en la perspectiva de Dios – “he aquí que hago nuevas todas las cosas”–, no hay posibilidad, por más que pueda parecer una paradoja insalvable, de continuidad en la misma identidad congregacional originaria.

Lo mismo que significó para Eliseo tomar como propio el manto de Elías, es decir, apropiarse del espíritu profético de su Padre y Maestro, que lo llevaría a luchar por la causa de Yahvé a través de los nuevos caminos que se habrían ante él después de atravesar el Jordán, también para las Misioneras Claretianas de cada nueva generación, el revestirse del espíritu profético, es decir, de la identidad carismática de que se revistieron sus Fundadores, las conducirá a una adaptación permanente, a fin de caminar con agilidad y audacia por los nuevos derroteros que, a su paso, se abrirán en cada nueva encrucijada histórica. La Madre Fundadora se refirió expresamente a estos nuevos caminos que el Señor les mostrará en cada nueva circunstancia histórica:

“Y andando con estas consideraciones y recogimiento, de repente sentí tan real y verdadera la presencia de Nuestro Señor Jesucristo, que lo vi más claro con los ojos del alma, que si lo viera con los ojos el cuerpo, iba delante de mí; unas veces veía sólo a Su Divina Majestad y otras veces lo veía acompañado de sus Apóstoles. Me parecía me enseñaba el camino que había de andar”¹.

¹ M. PARÍS, Autobiografía, 155.

Se trata de una espléndida experiencia mística de la Madre Fundadora que no puede menos de ser paradigmática para las Misioneras Claretianas, que tienen como misión específica precisamente ir delante “para hacer fácil el camino a los demás”²; y podrán hacerlo, seguras de sí mismas, porque están seguras de la fuerza del Maestro y de los Apóstoles que caminan a su lado, facilitándoles el camino que ellas, a su vez, habrán de hacer fácil a aquellos a quienes son enviadas en misión salvífica.

1.4. *La crisis también se hacen presentes*

Como en el caso mismo de Eliseo, que experimentó una profunda crisis interior que le impedía distinguir con claridad la voluntad de Yahvé, que solamente pudo discernir después de invocar, no a su propio Dios, sino al “Dios de Elías” que en realidad era su propio Dios, otro tanto acaecerá a las Misioneras Claretianas siempre que tengan que hacer frente a nuevas situaciones; muchas cosas les impedirán discernir con claridad la voluntad de Dios; pero al invocar al “Dios de sus Fundadores”, es decir, al querer sinceramente revestirse del “espíritu de los Fundadores”, de su “identidad carismática, acabarán por percatarse de que ya eran portadores del mismo “espíritu de los Fundadores”; esto es algo que expuso muy bellamente el Padre Fundador cuando, el referirse a los Cofundadores de la Congregación de los Misioneros Claretianos, escribió en su Autobiografía

“... y yo entre tanto hablé con algunos sacerdotes a quienes Dios nuestro Señor había dado el mismo espíritu de que yo me sentía animado”³.

No fue el Padre Fundador quien dio a sus Cofundadores el carisma congregacional, se lo había dado Dios nuestro Señor incluso previamente a la conversación que mantuvieron con el P. Claret; éste no hizo otra cosa que discernir el espíritu de que ellos se sentían animados; y, al hablar con ellos, se percató de que era el mismo espíritu del que, por donación especial de Dios, se sentía animado él mismo.

Tampoco los Fundadores han dado a las Misioneras Claretianas el carisma congregacional; cada una de ellas lo recibe directamente del Espíritu del Señor Jesús; pero ellas tendrán que confrontar permanentemente “el espíritu de que se sienten animadas”, para ver si efectivamente coincide con el espíritu de que se sintieron animados San Antonio María Claret y la Venerable Madre María Antonia París de San Pedro. Por eso ellos serán el espejo permanente en el que habrán de confrontarse las Misioneras Claretianas para acomodar lo más posible su figura a la figura de los Fundadores.

Sin duda que, en muchas ocasiones, las Misioneras Claretianas, lo mismo que Eliseo, se experimentarán a sí mismas llenas de miedo y presas de la nostalgia de los Fundadores, cuya presencia querrían conservar cabe sí para siempre, como una panacea para todas sus debilidades; pero cada Misionera Claretiana en particular y todas como Congregación, “animadas del mismo espíritu de los Fundadores” aunque sean débiles y bisoñas en las luchas a favor del Pueblo de Dios, encontrarán en cada nueva situación la audacia y la fortaleza de los verdaderos profetas de Yahvé, si se autoafirman

² Cf. *Blanco y Fin principal*.

³ P. CLARET, AUT, 489.

precisamente en su propia debilidad, en su propia incapacidad, para hacer frente a todos los falsos profetas o poderosos Goliats que pretenden destruir los ejércitos de Dios; porque Dios será su fortaleza en su reconocida debilidad e impotencia.

La Madre Fundadora lo dejó claramente preanunciado para “las que vendrán”⁴, las cuales habrán de experimentar por sí mismas que lo único que cuenta es confiar y esperar en Dios; esperar incluso contra toda esperanza; porque, cuando les parezca que ya no hay salvación posible es cuando Dios atiende, como en el caso de Eliseo, los gritos de auxilio que lanzarán el “Dios de los Fundadores”:

“Y así armada de confianza con mi dios, y cierta que sólo Él podía guardarme a mí y a todas las que me había confiado, de tantos y tan inminentes peligros como presentaba un viaje tan espantoso para mujeres..., dije dentro de mí misma: El Señor es el defensor de mi vida ¿podrán los más graves peligros amedrentarme? Injuria sería esto al cuidado paternal que tiene Dios de sus hijos, que los lleva a la palma de sus manos... Esta confianza puso dios en medio de mi corazón desde que empecé a servirle, y siempre he tenido continuamente delante de mis ojos al Señor, persuadidísima de que está siempre a mi lado para sostenerme”⁵.

Las Misioneras Claretianas deberán estar siempre atentas para encarnar o inculturar el carisma congregacional con un tono verdaderamente profético; el tono profético que mantuvieron siempre los Fundadores de la Congregación: Es preciso aceptar los desafíos de los tiempos para darles la respuesta adecuada que los hombre esperan de la misión evangelizadora de las Misioneras Claretianas. Cuando parezca que yo no hay nada ni nadie que pueda salvarnos de una situación dada, es precisamente cuando haya que poner toda la esperanza en el poder salvador de Dios, que, como en los orígenes de la Congregación, también en cada nueva situación inspirará el modo y la manera de “hacer fácil el camino a los demás” porque, en definitiva, los “reinos se conservan siempre con las mismas fuerzas que les dieron origen”; y si la Congregación tuvo origen en la fuerza del Espíritu, secundada con audacia por los Fundadores, el mismo Espíritu suscitará siempre en la Congregación las mismas fuerzas originarias; pero será preciso saber aceptarlas cuando el Señor las envía a la Congregación en cuanto tal o a alguna Misionera Claretianas en particular.

2. La identidad congregacional, entre el pasado y el presente

2.1. *Elementos permanentes de la identidad congregacional*

Al referirnos a la identidad carismática de la Congregación, hay que distinguir tres aspectos fundamentales:

- 1) La inspiración profunda recibida del Espíritu que impulsó a los Fundadores a releer y a vivir la Palabra de Dios de una determinada manera, como un núcleo en torno al cual habría de consolidarse y desarrollarse la vida y la misión e la Congregación, del mismo modo que en torno a ese mismo núcleo originario giró también la vida y la misión de los propios Fundadores.
- 2) La orientación misionera que habrá de presidir todo el ser y todo el quehacer de la Congregación en cada nueva circunstancia histórica.

⁴ *Autobiografía*, 218.

⁵ *Autobiografía*, 135.

- 3) La forma de vida y misión que configura históricamente el seguimiento de Cristo por parte de los miembros de la Congregación como grupo y también como persona concreta.

Lo verdaderamente importante en cada uno de estos tres aspectos permanentes es su valor más profundo que la Congregación, en cuanto tal, tendrá que encarnar como respuesta permanente a las interpretaciones que Dios le dirige a través de los signos de los tiempos.

En la Congregación existe un espíritu y una forma; ciertamente es más importante el espíritu que la forma; pero sin perder nunca de vista que la forma tiene una misión relevante que cumplir, en cuanto que ha de visibilizar el espíritu a través de unas proyecciones socio-culturales, sin las cuales el carisma o la identidad de la Congregación no pasaría de ser una mera teoría. El carisma congregacional nunca se abordará adecuadamente desde una perspectiva teórica, meramente abstracta, porque solamente existen personas concretas; y, por tanto, solamente desde una perspectiva existencial se podrá explicar la relación existente entre el carisma fundacional y la historia de la Congregación que lo encarna.

Cuando Dios Nuestro Señor quiso que surgiera en su Iglesia una concreta Congregación religiosa, para que pusiera en pie una nueva experiencia evangélica, llamó a un hombre o a una mujer concretos, quienes, a su vez, se preocuparon por reunir en torno a sí a otras personas concretas, “a quienes Dios nuestro Señor había dado el mismo espíritu de que yo me sentía animado”, como muy adecuadamente dijo San Antonio María Claret; y después se preocuparon también de orientarlas en el desarrollo del don del Espíritu que tenían en común, y de enviarlas a nuevas fundaciones.

Después de su muerte, los Fundadores han sido fielmente recordados, porque su experiencia del Espíritu y sus enseñanzas se han mantenido ininterrumpidamente en la Congregación hasta hoy; y cuando es el caso de que los Fundadores son propuestos por la Iglesia Como modelos de virtudes heroicas, sus figuras se elevan a la categoría de modelos del seguimiento de Cristo, no sólo para los miembros de su Congregación, sino también para todo el pueblo de Dios.

Con frecuencia, los Fundadores no tuvieron desde el principio todas sus ideas perfectamente claras en torno a la multiforme realidad de la Congregación. Ellos tuvieron que observar, constatar, verificar, y conformar el don recibido del Espíritu con la vida y la misión de cada día, hasta que la Santa Sede, como garante del discernimiento de los carismas en la Iglesia, aprobó definitivamente el proyecto de vida y de misión que son las Constituciones de la Congregación. Solamente entonces ésta alcanzó su consolidación como árbol que se habría de extender según su propio dinamismo interior, a través del tiempo y del espacio.

2.2 *Carisma fundacional e institución congregacional*

La muerte de los fundadores supone siempre para sus congregaciones un cambio radical: el día de su muerte concluyeron el período carismático-fundacional propiamente dicho, y se abre delante de ellas el camino del funcionamiento normal, y si se quiere también rutinario, de las instituciones; pero, a fin de que las instituciones

congregacionales funciones, en continuidad ininterrumpida con la identidad carismática originaria, sus hijos e hijas tendrán que volver permanentemente su mirada hacia los Fundadores, como a fuente obligada de inspiración; solamente así habrá garantía de éxito para cualquier ulterior desarrollo. Se tratará siempre de reencontrarse con los propios orígenes, porque todos los reinos se conservan siempre con las mismas fuerzas a las que les deben su origen.

De este modo, el retorno a los orígenes no será nunca sinónimo de contemplación narcisista en el espejo inmóvil de las primeras aguas, sino reencuentro con el impulso original para revivir hoy, mañana y siempre, de una manera creativa, el mismo ideal de vida y de misión que habrá de caminar en cada nueva circunstancia histórica sobre unas aguas diferentes de las anteriores, por más que aparezca que el río es siempre el mismo.

Solamente así la Congregación de hoy responderá a los desafíos que se le plantean a la Iglesia y a la sociedad, como las generaciones anteriores, empezando por los propios Fundadores, respondieron a los desafíos de la Iglesia y de la sociedad de su tiempo.

2.2. *El carisma fundacional no se identifica con ninguna obra concreta*

Revivir, renovar, “refundar” no es sinónimo de repetir, ni de restaurar, sino que se trata más bien de una fidelidad dinámica, capaz de situarse en el hoy de Dios, porque Dios todos los tiempos tiene presentes y, sin embargo, del mismo modo que no ha dado a la Iglesia nada más que un único Evangelio, válido para todos los tiempos y lugares, tampoco a la Congregación le ha dado nada más que un único carisma fundacional, una única identidad congregacional, que tuvo su origen en los Fundadores, y que las sucesivas generaciones han vivido y transmitido comunitariamente hasta hoy mismo.

La clave de realización permanente de la Congregación será su fidelidad al carisma originario; sin embargo, se ha de tener siempre en cuenta que el carisma originario, en cuanto actitud evangélica, no se identifica con ninguna obra por muy querida que fuese a los propios Fundadores o a las primeras generaciones. Las obras serán siempre necesarias para visibilizar el carisma congregacional, pero el carisma no se identifica con ninguna de ellas; de modo que incluso una obra que se adoptó en los orígenes de la Congregación como instrumento válido de visibilización y de encarnación del carisma fundacional, puede acaecer que, con el correr del tiempo, sea menos válido e incluso que deje de serlo del todo, para visibilizar y transmitir el carisma fundacional; y también al revés, puede darse el caso de que una obra desechada por los Fundadores porque no era válida para visibilizar el carisma fundacional, con el pasar de los años se torne muy apta para el cumplimiento de la misión específica de la Congregación.

Será preciso determinar: 1) cómo el carisma, que el Espíritu otorgó a los Fundadores, fue transmitido por éstos a la Congregación, y de qué cauces se sirvieron para esta transmisión; 2) cómo recibieron las primeras y las sucesivas generaciones ese don carismático; 3) cómo se ha visibilizado o institucionalizado la propia identidad congregacional en el estilo de vida y de misión; 4) cómo y, a través de qué cauce, se ha devuelto o comunicado al pueblo de Dios ese don carismático.

En este itinerario las sucesivas generaciones tendrán que ir acompañadas no sólo por los hechos, como pueden ser las nuevas fundaciones y los nuevos ministerio, sino también por el magisterio de las Autoridades competentes; y, sobre todo, por la interpretación auténtica de la identidad carismática congregacional que han ido dando progresivamente los Capítulos Generales como respuesta a las cambiadas circunstancias eclesiales, sociales y culturales; y siempre en sintonía con las enseñanzas del Magisterio de la Iglesia. Todo esto debe conducir a la Congregación a situarse con lucidez y creatividad frente al tercer milenio que está llamando ya a nuestras puertas. Son muchos los desafíos que tiene la misión de la Iglesia y de la Congregación. Los movimientos económicos, políticos, culturales y sociales están llenos de ambigüedad y, a veces, de malicia; es preciso afrontarlos crítica y proféticamente. Es necesario que la Congregación se sitúe frente a este tercer milenio sin angustias ni agobios de ninguna clase, pero sí con la preocupación constante de cumplir su misión con fidelidad y creatividad.

2.3. *Mirando hacia el futuro con renovada ilusión evangelizadora*

La congregación de hoy y de un mañana inmediato tendrá que hacer nuevas opciones que podrán comportar el abandono de viejos cauces apostólicos para abrir otros nuevos. No sería la primera vez que se ha hecho. A lo largo de su historia, la Congregación ha vivido permanentemente en esta dialéctica de ir abandonando progresivamente los cauces que empezaban a dar síntomas de caducidad, a fin de iniciar unos cauces nuevos que facilitarían la misión salvífica que el Espíritu le confió.

Conscientes de que solamente se hace camino al andar, y de que somos mensajeros de aquel Dios que no se adora ni en Garizín, ni en Jerusalén, ni en Roma, ni en la Meca, sino en espíritu y verdad, la Congregación tiene un espléndido ejemplo de creatividad y de audacia en sus Fundadores, que supieron encarnar valerosamente en su tiempo el mensaje evangélico de que eran portadores. Es preciso que la Congregación de hoy y del futuro inmediato sepa ser fiel al mismo soplo del Espíritu que les impulsó a ellos, a fin de proseguir el mismo testimonio de vida y de misión, imitando su creatividad y su fidelidad, dentro de las coordenadas del tiempo y del espacio en que el mismo Espíritu la sitúe en cada circunstancia de tiempo y de lugar.

El Espíritu, que estuvo presente en los orígenes de la Congregación, y que les ha dado a todos sus miembros la sintonía con el espíritu de los Fundadores, invita también hoy a la Congregación a renovar su creatividad y buscar nuevos caminos.

El carisma fundacional como desafíos que se dice respecto a la necesidad de inculturación del Evangelio, vale también para el carisma fundacional de los institutos de vida consagrada, en cuanto que éstos son un modo peculiar de vivir el único Evangelio de Jesús desde una concreta angulación. Los tiempos de los Fundadores cambian a medida que se van alejando de la realidad actual del Instituto. Los restos de los orígenes se van manifestando de modo diferente según las circunstancias de los tiempos y de lugar. Pero la visión que los Fundadores tuvieron de la Palabra de Dios que los interpeló frente a la realidad de su tiempo no cambia, sigue siendo la misma.

La “continuidad” y “legitimidad” de la identidad congregacional dependerá enteramente, por una parte, de su enraizamiento en el Evangelio; y por otra parte, de su capacidad de independencia del contexto sociocultural en que nació, y de su capacidad de encarnación en otros contextos socioculturales: *Tradicción* y tradiciones.

Del mismo modo que el Evangelio conserva, por una parte, su propia conexión con la Palabra Encarnada, y, por otra parte, es independiente de las proyecciones socioculturales y religiosas del judaísmo en que nació, también los Institutos de vida consagrada han de conservar, por una parte, su conexión con el carisma originario, y, por otra, tiene que ser independientes de las proyecciones socioculturales que han ido asumiendo a lo largo del tiempo para visibilizar y hacer operativas su vivencia y su misión salvífica.

2.5. *Permanente inculturación de la identidad congregacional*

La inculturación del Evangelio que hizo San Pablo, sacando el mensaje de Jesús del contexto sociocultural judío para universalizarlo, fue providencial para la supervivencia del mismo. Esa misma inculturación tiene que hacer el carisma fundacional; es decir, tiene que salir o abandonar el contexto sociocultural “restringido” en que brotó al sol por el impacto del don del Espíritu a los Fundadores, si quiere sobrevivir en medio de los cambios de tiempo y de lugar.

La identidad congregacional no conseguirá una adecuada inculturación si parte, como se hace con frecuencia, de esta pregunta: ¿cómo encarnarse en culturas tan diversas de aquella en que surgió el Instituto, manteniendo, sin embargo, al mismo tiempo la fidelidad a los propios orígenes? La pregunta hay que plantearla más bien al revés: “¿cómo plasmar la propia identidad carismática en culturas distintas de la originaria en las que se quiere evangelizar y vivir el mismo carisma fundacional ?

La identidad congregacional no debe identificarse con ninguna cultura concreta, a fin de poder encarnarse en todos y cada uno de los miembros del Instituto que el mismo Espíritu vaya suscitando en diversos tiempos y lugares, a pesar de las “prevenciones” que en determinados momentos de su evolución histórica haya podido haber frente a determinados pueblos y culturas; “prevenciones” de las que ni siquiera se han visto siempre libres los propios Fundadores.

Las formas de vivir, de actuar, de formar y de evangelizar de las Misioneras Claretianas tendrá que ser necesariamente plurales, distintas de aquellas en las que se visibilizó por primera vez el carisma fundacional. Cuando una Misionera Claretiana o una Comunidad entera llegan a un país distinto para implantar allí la identidad congregacional, sin duda que sobre ellas pesarán las tradiciones culturales de su país de origen ; por ello, es preciso purificar la identidad congregacional de todas esas tradiciones anteriores para que las nuevas Misioneras Claretianas que vayan surgiendo en ese nuevo país y nueva cultura vivan su consagración a Dios en la Congregación y realicen su servicio a los hermanos en el contexto sociocultural propio, porque solamente así podrán ser un signo fácilmente legible entre sus hermanos. La identidad congregacional exige que todas las Misioneras Claretianas integren en su amor a Dios y al prójimo los valores de su propia cultura que están en armonía amor sincero hacia esos valores culturales. Ninguna Misionera Claretiana debe exigir a otra la renuncia a us

propios valores culturales, por más que todas deban asumir y vivir en consonancia con los valores culturales del pueblo en el que se hallan insertas.

Todas y cada una de las Misioneras Claretianas, autóctonas y extranjeras, deben estar bien persuadidas de que sus propias culturas necesitan convertirse constantemente a los valores evangélicos. Es preciso purificar las culturas conforme a esos valores porque la identidad congregacional se fundamenta siempre sobre esos mismos valores evangélicos, los cuales han de ser vividos sin duda de culturas diversas. La tarea de la inculturación en la que todas las Misioneras se hallan constantemente implicadas exigirá una formación para la inculturación, no sólo en la etapa inicial, sino a lo largo de toda la vida.

3. Los Fundadores, modelos a imitar

3.1. Necesidad de un modelo que imitar

Las Misioneras Claretianas tienen que hacer un profundo examen de conciencia sobre la recepción personal de la identidad carismática congregacional que les transmitieron los Fundadores.

¿En qué medida la personal recepción de la identidad congregacional está siendo el alma y el motor de su vida y de su misión apostólica?

No se debe entender la identidad carismática congregacional como si se tratase de un documento histórico cristalizado en un momento del pasado por muy espléndido que haya podido ser. La identidad carismática congregacional es algo vivo, permanentemente operante; y por consiguiente, hacerla vida propia y motor de la propia misión apostólica se convierte en una tarea que no se acaba nunca; tiene que acompañar a las Misioneras Claretianas a lo largo de toda su existencia, porque cada día más pueden crecer en su personal recepción de la identidad congregacional.

Se trata de vivir y actuar permanentemente conforme al modelo puesto sobre el monte que, para la Congregación en general y para cada Misionera Claretiana en particular, no puede ser otro que los propios Fundadores. Es un hecho cierto que ningún hombre se basta a sí mismo por más que intente realizarse por sí solo. Como un medio que ayuda a la realización personal está la imitación de un modelo.

Ahora bien, imitar un modelo implica desear algo que no se tiene y que tiene el modelo; pero quien desea algo ajeno demuestra que conoce aquello que otro tiene y que le podría dar una felicidad ardientemente deseada, porque por eso mismo procura hacer suyo aquello de que carece y que el modelo tiene.

Cualquier modelo fascinante puede suscitar la imitación. Y el deseo de imitar nace de una “inmediatez casi osmótica” con ese modelo que entra en la vida del imitador; por tanto el deseo de imitar a alguien es anterior a cualquier juicio e incluso a cualquier comparación que el imitador hace con respecto a su modelo.

3.2. “Imitar” y “mimetizar”

La gracia peculiar que identifica a los Fundadores en cuanto tales no la podrán imitar las Misioneras Claretianas porque es algo intransferible, es algo personal propio de ellos. San Antonio María Claret y la Venerable Madre María Antonia París son los Fundadores, mientras que las Misioneras Claretianas son sus discípulas, seguidoras del estilo de su vida y misión. Imitar a los Fundadores no consiste en copiarlos miméticamente, como hacía aquel frailecito franciscano, Fray Juan el Simple, que pretendía imitar a San Francisco de Asís en todo: tosía cuando el santo tosía e inclinaba la cabeza cuando el santo lo hacía.

Las Misioneras Claretianas no tienen que repetir lo que los Fundadores hicieron ni como ellos lo hicieron. Cada Misionera tiene que vivir sin compararse con nadie. Porque si se compara con otros, sean éstos los Fundadores o un santo cualquiera, corren el riesgo de aborrecerse a sí mismos o, en el mejor de los casos, sentirse enormemente frustradas, porque nunca llegarán a ser exactamente como los modelos que quieren mimetizar.

Imitar a los Fundadores consiste en imitar su fe y su generosidad en responder a la Palabra de Dios; pero nunca:

–En experimentar la Palabra de Dios como ellos la experimentaron, porque eso constituye la gracia personal con que Dios los adornó a ellos personalmente, puesto que con frecuencia se trata incluso de unas gracias místicas muy peculiares.

–Tampoco es experimentar su obra personal, porque, aunque cada Misionera Claretiana haya recibido el mismo carisma que recibieron sus Fundadores, el Señor le da o le asigna una vocación personal con la que habrán de realizar aquí y ahora el carisma comunitario congregacional.

Esta vocación personal está en concomitancia con otros dones de naturaleza y de gracia, por los que cada Misionera Claretiana es diferente de las demás. Fue el caso de los propios Fundadores: el Padre Fundador fue, por naturaleza y por gracia, un hombre super dinámico, con un temperamento super activo por más que fuese también un gran místico, un “místico de la acción”; y la Madre Fundadora, cuya espiritualidad y misión, como sabemos, tuvo también un fuerte dinamismo apostólico y contemplativo, sin embargo no fue tan activa como el Padre Fundador. Pues bien, a algunas Misioneras Claretianas les puede haber concedido el Señor unos dones de naturaleza y de gracia en una dirección distinta. Así se complementa una Comunidad y una Congregación.

Todas las Misioneras Claretianas tienen que imitar a sus Fundadores en la generosidad con que ellos respondieron a la Palabra de Dios en cada circunstancia concreta de su vida; es preciso también que ellas hagan suyas las enseñanzas de sus Fundadores. Se trata de unas enseñanzas que están, lógicamente, en continuidad con su carisma de Fundadores, y que ellos han transmitido a la Congregación a la luz de la Palabra de Dios que configuró su identidad de Fundadores; y a la que ellos han respondido con esa fe y esa generosidad por las que son modelos a imitar para sus hijas.

Hay en la Historia de la Vida Consagrada una caso que puede iluminar en gran manera esta consideración. Se lee en la vida de San Antonio Abad:

“Un día en que él salió, vinieron todos los monjes y le pidieron una conferencia. Él les habló en lengua copta como sigue: «Las Escrituras bastan realmente para nuestra instrucción. Sin embargo, es bueno para nosotros alentarnos unos a otros en la fe y usar de la palabra para estimularnos. Sean, por eso, como niños y tráiganle a su padre lo que sepan y díganse, tal como yo, siendo el más antiguo, comparto con ustedes mi conocimiento y mi experiencia »”⁶.

Los Fundadores ponen a sus hijas delante de la Palabra de Dios; y esto es suficiente para conducir una vida cristianas y religiosa en todas sus exigencias; pero ése es al mismo tiempo *un don compartido* por ellos y ellas, en el que no cabe imitación alguna. Pero respecto a las *experiencias* que ellos y ellas han tenido leyendo y meditando la Palabra de Dios, sí cabe una *mutua comunicación* y un *mutuo intercambio* para la *mutua edificación*. Y ahí cabe también la *imitación* de unos y de otros.

Esto es lo que hicieron los Fundadores: comunicaron a sus hijos e hijas su *propia experiencia del encuentro que ellos tuvieron con la Palabra de Dios*. Y esta experiencia de los Fundadores pueden apropiársela todas y cada una de las Misioneras Claretianas, escuchando y viviendo al contacto con la Palabra de Dios de una manera coherente:

- Imitando su fe y su generosidad en apropiarse esa Palabra de Dios y en vivir de ella como ellos se la apropiaron y vivieron de ella.
- La enseñanza que ellos dejaron: enseñanza aprendida y vivida, a la luz de la misma Palabra de Dios.

Todo esto se confirma a través de dos textos de la misma Sagrada Escritura; concretamente de San Pablo:

- “Acordaos de vuestros dirigentes, que os anunciaron la Palabra de Dios y, considerando el final de su vida, imitad su fe” (Hb 13, 7).
- “...no os hagáis indolentes, sino más bien imitadores de aquellos que, mediante la fe y la perseverancia, heredan las promesas” (Hb 6, 12).

Evidentemente, estas palabras de la Carta a los Hebreos son perfectamente aplicables a los Fundadores y a todas y cada una de sus hijas; también éstas tienen que ser imitadoras de la *fe* y de la *perseverancia* o *magnanimidad* de sus Padres Fundadores, en cuanto que en ellos han heredado las promesas del Señor; es decir, su *identidad congregacional* con todas sus virtudes y con todas sus exigencias.

3.3 ¿En qué hay que imitar a los Fundadores?

Los Fundadores, que han influido en su comunidad congregacional y también en la comunidad eclesial, puede decir a la Iglesia y a su Congregación, porque los Fundadores son ya *patrimonio*, *herencia*, no sólo de las Misioneras Claretianas, sino también de toda la Iglesia: “... *sed mis imitadores*”.

⁶ SAN ATANASIO, *Vita Antonii*, n. 16.

Pero, ¿en qué hay que imitarlos? Pues en su fe y en su *perseverancia o magnanimidad*. Ahora bien, ¿qué significa imitar su fe? ¿Qué tiene como objeto la fe? La fe no tiene más objeto que la Palabra de Dios, la cual, de mil modos y maneras comunica especialmente a las Misioneras Claretianas, y también a todos los cristianos lo que Dios *ha hecho* en ellos, lo que en ellos *está haciendo*, y lo que en ellos *quiere hacer*. La fe es sinónimo de *obediencia*, de *receptividad*, de *entrega incondicional* y de *activa pasividad* ante los dones y exigencias de Dios. La fe implica *recibir agradecidamente* todo lo que Dios ha hecho en las Misioneras Claretianas y en todos los fieles, lo que está haciendo en ellos y lo que quiere seguir haciendo en ellos.

Lo primero, por tanto, es aceptar esa comunicación, esa Palabra, en la que Dios lo dice todo, en la que se dice a sí mismo. Y después responder. Pero, ¿cómo responder? Eso ya dependerá de la voluntad de Dios que conducirá a cada uno por unos caminos *peculiares, personales, intransferibles*, que exigirán, por supuesto, una *peculiar respuesta personal*; del mismo modo que a los Fundadores les exigió el Señor una respuesta concreta; y que plasmaron en unas Constituciones que dejaron a sus hijas como guía para su propia vida y para su propia misión, a fin de realizar, de un modo personal, la común identidad congregacional.

Las Constituciones, en efecto, no han de ser consideradas simplemente como un modelo a imitar, sino desde una perspectiva mucho más profunda; en ellas existe una voluntad expresa que va mucho más allá de ser un mero ejemplo; en ellas hay un camino de respuesta a la vocación y misión recibidas de Dios; y tendrán que contribuir en gran manera a clarificar la propia vocación personal de cada Misionera Claretiana; y, al mismo tiempo, contribuir a la formación y a la edificación de la Congregación por parte de todos sus miembros⁷.

La imitación de los Fundadores reviste un triple carácter⁸.

- *Estático*: cuando se los considera simplemente como modelos de unas virtudes que hay que practicar.
- *Dinámico*: cuando se atiende más específicamente como modelos de unas virtudes que hay que practicar.
- *Espiritual*: cuando se tiene en cuenta ante todo su mensaje, como punto de partida para una profundización en la propia vocación.

Lógicamente, la escucha de la Palabra de Dios tiene que entrar en las Misioneras Claretianas, tiene que interiorizarse en ellas, tiene que hacerse en ellas una *respuesta*, que consistirá en entregarse en las manos de Dios para que Él haga de ellas, justamente eso que les está diciendo: darle gracias por lo que ha hecho en ellas en cada momento de su existencia. Para que Él mismo termine esa obra buena que ha empezado en ellas, y que en ellas quiere llevar a buen término.

3.4 A la escucha de la Palabra de Dios

⁷ Cf. EA, p. 78.

⁸ ORGE, M., "La imitación bíblica del carisma claretiano en San Antonio María Claret", *Studia Claretiana*, IX, Roma, 1991, pp. 26-27.

Toda la razón de ser de las Misioneras Claretianas no consiste nada más que en ponerse, como el niño Samuel, a la *escucha atenta de la voz* que el Señor hace resonar en lo profundo del corazón de cada una de ellas en el silencio de la noche, y responderle con toda sinceridad: *Habla, Señor, que tu sierva escucha*.

Esto quiere decir que la Palabra de Dios ha de estar siempre en la base misma de toda la vida de fe de las Misioneras Claretianas. Lo cual significa, a su vez, que no podrán imitar la vida de fe de los Fundadores sin tener en cuenta cómo les fue manifestada a ellos la Palabra de Dios, y cómo hicieron de su vida y de su misión apostólica una realización personal, peculiar, de esa misma Palabra de Dios.

La identidad más profunda que configura a las Misioneras Claretianas, en tanto que personas y en tanto que Congregación, es en definitiva el resultado de la respuesta más perfecta posible a las exigencias de la Palabra de Dios que las ha llamado a realizarse a sí mismas en un determinado estilo de vida y en una misión apostólica concreta. Y todas y cada una de ellas estarán siempre en condiciones, por la misma fuerza del Espíritu del Señor que las llamó, primero a *escuchar* y, después a *responder*, desde su peculiar y personal situación concreta; ciertamente es cuestión de *conocimiento*, pero sobre todo de *buena voluntad*; porque, según el Evangelio, cualquier hombre o mujer, niño o adulto, sabio o ignorante, puede alcanzar la perfección del Padre que está en los cielos. Por lo menos, esta perfección se la exige Jesús a todos los que se ponen en su seguimiento; no sólo al grupo reducido de los Doce, porque lo único que tiene que hacer el seguidor de Jesús es escuchar lo que Él le dice y después responder obedientemente a sus exigencias. Y ya se sabe que el Señor no le pedirá a nadie algo que no le pueda dar. Porque *responder perfectamente* no es lo mismo que *responder heroicamente*. La perfección cristiana no es un *heroísmo*, sino un adecuarse aquí y ahora, a lo que el Señor pide; y ya se sabe que Él no pedirá nada que esté por encima de las fuerzas de aquel a quien se lo pide. Pero sí es preciso, para ser perfecto, darle totalmente lo que Él pide; no basta con darle un treinta o un sesenta por ciento; sino todo, como fue el caso de la viejecita del Evangelio que lo dio todo, aunque ese todo no era nada más que dos reales. Ella cumplió a la perfección.

Por consiguiente, para las Misioneras Claretianas, imitar la fe y la perseverancia o magnanimidad de sus Fundadores consistirá en imitar la manera cómo ellos escucharon la Palabra de Dios, cómo ellos la interiorizaron y cómo la vivieron. Esto es imitable, no como un simple *mimetismo*, sino como un verdadero *seguimiento*, porque también a las Misioneras Claretianas les ha dado Dios la posibilidad de responder plenamente a su Palabra; y en esto el camino trazado por sus Fundadores, y que ellos les han facilitado, pueden y deben ellas vivirlo, y, a su vez, también ellas deberán esforzarse por hacérselo fácil a aquellos a quienes son enviados en misión apostólica.

El modo y la manera concretos cómo los Fundadores respondieron y vivieron conforme a las exigencias de la Palabra de Dios, se puede conocer por los hechos puntuales de sus vidas y de la misión que desempeñaron a lo largo de su existencia. Y, sobre todo, se puede deducir partiendo de las actitudes fundamentales que ellos expresaron en las Constituciones, y especialmente en sus escritos autobiográficos, porque éstos en el fondo no son nada más que una interpretación viva y existencial de aquellas.

Los escritos autobiográficos de los Fundadores son para la Congregación una *palabra fundante* de su estilo de vida y de misión, en cuanto que reflejan la manera cómo ellos respondieron y fueron coherentes con la identidad carismática recibida del Espíritu; identidad carismática que también cada Misionera Claretianas ha recibido personalmente del mismo Espíritu.

En la respuesta de la fe y magnanimidad de los Fundadores tienen las Misioneras Claretianas el modelo y el camino a seguir, conforme a las palabras ya mencionadas de San Pablo en la Carta a los Hebreos: “*Acordaos de vuestros dirigentes*”; pero este acordarse de sus dirigentes, de sus Fundadores, tiene unas exigencias muy concretas: cada Misionera Claretiana en cuanto persona y todas como Congregación tendrían que empezar por responder en serio a esta pregunta en cada nueva circunstancia histórica: *¿Qué estamos dispuestas a hacer para ser fieles a la herencia recibida de nuestros Fundadores?*

La respuesta a esta pregunta queda apuntada de un modo permanente en estas palabras que la Rvma. M. Eusebia Pizarro decía respecto de la Madre Fundadora con ocasión del 175 aniversario de su nacimiento, pero que se pueden y deben aplicar igualmente al Padre Fundador: sus vidas fueron “un don para la Iglesia y para el Pueblo de Dios, su mensaje tiene actualidad a través de la historia y nosotras, sus hijas, que hemos recibido la rica herencia de su Carisma, somos llamadas a vivirlo y hacerlo presente hoy entre nuestros hermanos. Este espíritu... tiene un valor fundamental y alcanza una dimensión de guía y de ejemplaridad para la espiritualidad del Instituto. Su espíritu y fisonomía propia deben constituirse para cada Misionera Claretiana en estímulo y exigencia que ha de llevarnos a un compromiso de mayor entrega a los planes de Dios sobre nuestra vida”⁹. Pero la fidelidad “a la inspiración carismática de nuestros Fundadores, nos exige hoy un nuevo lenguaje y vivencia, el cual nos permite reactualizar de una manera nueva nuestra propia identidad en el proceso de renovación... sólo desde ahí daremos una respuesta evangelizadora a las interpelaciones de la historia”¹⁰

⁹ M. EUSEBIA PIZARRO, CIRCULAR, 5.6.1988.

¹⁰ M. EUSEBIA PIZARRO, CIRCULAR, 15.8.1989.